

La larga sequía de este año tuvo el viernes 28 de abril una despedida dolorosa, y ojalá hallamos acertado al usar la palabra dolorosa. Nos referimos al fuego ocurrido en el establecimiento de J.J. Mirabal en la calle de la Cruz. Había pasado una buena temporada sin un fuego, un fuego que mereciera ese nombre y hubo de romperse el record el día viernes 28 a las 11 de la mañana, precisamente era cuando, por mucho tiempo, San Juan carecía de agua del acueducto. Y conste, amigo lector, que estas líneas se escriben en mayo del 1944 después de cuarenta y cinco años de estar funcionando el acueducto de San Juan.

Lo que está sucediendo en este dichoso acueducto merece de hacer historia, echar la vista más atrás para darnos cuenta de cuanto tiempo hace que venimos sufriendo en San Juan por la falta de agua y preguntarnos a nosotros mismos cuanto tiempo más vamos a soportar este estado de cosas. No se trata de averiguar quien tuvo la culpa del fracaso del acueducto; ya que aquí cabe algo de que "todos pusinos nuestras manos". La verdad no es más que una y en este caso la verdad es que, después de casi medio siglo de pruebas, el municipio de San Juan ha fracasado en su obligación de darnos agua cuando la necesitamos y con la claridad y cantidad que también necesitamos. Hagamos historia.

Durante el régimen español allá por los años de 1895-96, cuando San Juan carecía de un acueducto,<sup>y</sup> algunos vecinos convinimos en usar el agua de lluvia acumulada en los aljibes, un ingeniero militar de apellido Gadea fué encargado para hacer un estudio y un proyecto para un acueducto, para San Juan. No sabemos de una manera cierta que entendido oficial encargó a este ingeniero a hacer este trabajo, pero si nos consta que el proyecto Gadea recomendaba tener las aguas del río grande de Loiza como única fuente con capacidad bastante tanto en la época de lluvia como de sequía. El proyecto Gadea fracasó. Los hombres inteligentes de aquella época parecía que sabían más de esas cosas que el ingeniero español militar Gadea, y encaminaron sus pasos por otros senderos.

En el municipio de San Juan había un ingeniero puertorriqueno de mucha capacidad y tan laborioso que ejercía el cargo de arquitecto municipal, que era el título que tenía entonces ese puesto. Este arquitecto se llamaba Arturo

Guerra-Mondragón y a él le tocó en suerte darle agua a San Juan por medio de un acueducto. El municipio obtuvo un préstamo de 400,000 pesos del banco español de Puerto Rico para emprender la obra y obtuvo concesión oficial para dirigir del río "Piedras" en la jurisdicción de Río Piedras, cierto número de metros cúbicos de agua por minuto, con la condición de que él estableciera el acueducto y diera agua a los vecinos de Río Piedras. En aquella época esto no parecía ser honroso, porque Río Piedras resultaba ser una pequeña población rural que nadie hubiera podido pensar que llegaría a tener los vuelos que ha tenido estos últimos años.

El ingeniero Guerra encargó la tubería y además dos bombas de vapor inglesas para elevar las aguas bombardeándolas hasta la loma a bastante altura la cual se conocía y se sigue conociendo como la loma de "Prim", y desde la cual vendría el agua a San Juan por gravedad. La guerra entre Estados Unidos y España en el año 1898 interrumpió este trabajo del acueducto, pues se habían agotado los recursos para colocar bajo tierra la tubería.

Siendo alcalde de San Juan don Luis Sánchez Morales en el año de 1898, las tropas americanas alojadas en San Juan, necesitaban agua, y agua en abundancia, y no podían conformarse con la que se pudiera extraer del aljibe grande que tenía entonces el Cuartel de Bayajá. El general Henry, comandante militar de Puerto Rico inquirió del alcalde cuando podrían tener las tropas agua del acueducto de San Juan y al saber que faltaba dinero para la tubería y que la cantidad necesaria era alrededor de 100,000 pesos, convino en facilitar ese dinero al municipio y una vez terminado el acueducto el municipio devolvería el dinero con el agua que fuese consumiendo la tropa. Y así se pudo terminar el acueducto de San Juan, teniendo las aguas del río "Piedras".

San Juan parecía haber solucionado su problema del agua, pero pronto se dió cuenta el municipio de que estaban afectados los cálculos hechos. El caudal del río era muy pobre. No prestaba para el consumo público. Además el sistema establecido no era científico. El pago por el uso del agua no era científico. El consumidor, o sea el dueño de la casa pagaba por el diámetro de la

tubería que utilizaba. Media pulgada, tres cuartos y una pulgada. El resultado era que si un inodoro o una llave del baño quedaba abierta el inquilino consumía más agua que la que debía, y nadie le decía nada. En esas condiciones el que esto narra entró en la alcaldía de San Juan en el año de 1903. Era ingeniero municipal y encargado especialmente del acueducto el distinguido ingeniero don José Canals. Las dos bombas que llevaban el agua desde Rio Piedras hasta la loma de Prim iban consumiendo carbón cada día más y apenas si había tiempo disponible para ir preparando una bomba y hacer uso de la otra, ya que no era posible que una bomba funcionase más de doce horas.

Una noche fui invitado por el ingeniero Canals a dar un paseo por San Juan para ver ciertas cosas municipales. Era más de media noche, y San Juan en aquella época, más de cuarenta años atrás, era una ciudad muerta. Canals me llevó por la calle de la Cruz y San José y se había detenido en mitad de la calle y me hace observar el ruido producido por un gran chorro de agua que discurría por el alcantarillado. "Observe usted que a estas horas no hay fábricas ni talleres trabajando y apenas si hay alguna que otra casa particular con luz. Lo cual quiere decir que esa agua que oímos discurrir por la alcantarilla procede de los inodoros y llaves dejadas abiertas en las casas." Esta fué la observación de Canals.